

este elemento rural, lo que vivía en letargo y en trance de morir ya; esa joya, ese tesoro que tiene la poesía de ese son, de ese cantar; y elevarlo, y pasearlo por toda la España entera; y mucho más: por el mundo; y con ello arrancar los sentimientos y los recuerdos más puros a toda la humanidad.

Pena fué que no pudiera este pueblo trasladarse en un instante y presenciar la emoción de aquella hora; los plácemes, los saludos, el entusiasmo de aquellas gentes que entienden, de aquellas gentes que saben; gentes de elevada alcurnia, gentes del alto poder, y... tan francas, tan cordiales y sencillas al tratar; un Ministro, un escritor, un Obispo de Colombia, un Teniente General; todo el pueblo de Madrid hecho cuerpo y hecho alma en la forma de sentir y en la manera de amar.

Un pueblo le habló a su patria en la capital de España en el morir de una tarde caliente de primavera; y ya en el anochecer subió hasta arriba al cruzar aquel ramaje frondoso de la Real Casa de Campo, el rasgar de una guitarra, las sonajas-castañuelas, el trino del almirez, las palmas de tus mujeres y aquella copla rondeña cuando el grito o el lamento de Juanito Salomé bordaba en aquel cantar:

Capitana valerosa
Bien puedes poner bandera,
Que a las dos de la mañana
Tu ronda fué la primera.

Has enviado a hijos tuyos Peraleda de la Mata a un certamen nacional, y con ello has cooperado un poquito —no seas nunca vanidosa— a dar realce y belleza a la causa de tu Patria y a ese Estado que tan bien la representa. Has elevado también la fama de Extremadura y el nombre de tu Provincia; y por eso nada más, Peraleda de la Mata, «ya puedes estar contenta».

LUCIO



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

PLAZUELAS CACEREÑAS

EN MI PLAZUELA «Santa María»

EN mi viaje, de la nada al Mundo, pusieron la estación de mi destino en Extremadura, tierra tan ancha que más que de pastor tiene horizontes de marino. Tierra no dura, pero sí recia, trajinera de historia a caballo de los océanos, pero tan sencilla—siendo tan grande— que toda su provisión espiritual la lleva en unas alforjas, que equilibra poniendo igual porción y peso de alma andaluza que de castellana.

Dicen—¡se dicen tantas cosas!—que cuando las huestes castellano-leonesas—arnés, loriga y espada—bajo la fe de Cristo llegaron a estas tierras, ya los míos venían en ellas como caballeros. Tomaron, pues, parte en la conquista... y en el reparto.

Yo ví la luz en un viejo palacio de piedra cantería que, durante siglos, avaricioso robó a los ocasos—tarde a tarde—onzas de oro con que teñir su fachada de esa vieja pátina, a medias roja, como de sangre muerta, a medias rubia, del rubio del rizo del trigo. Frente al palacio—como sonrisa de luz—se entreabría una plazuela, que para no desdecir, como se dora el pan en las tahonas se fué dorando toda ella.

Pasados unos días, en la Iglesia, tan vecina que cierra un lado a mi plazuela, me pusieron el agua que bautiza y limpia, y por primera vez mi plaza y yo nos conocimos. Desde entonces, cuántas mañanas, ¡cuántas son ya, Señor!, el beso de su luz—para alcanzarme antes—se colaba en el zaguán atravesando un patizuelo y me esperaba en el descanso de la vieja escalera, entretenido en ponerle sombras al grifo de piedra del labrado pasamanos. El humor del día se me metía en el alma; y así, cuando en el descansillo nos encontrábamos el rayo jugueteón y yo, me brincaba el corazón de gozo, y cogido de su mano salía a mi plazuela, a llenarme de luz, que es llenarse de alegría. En cambio, cuando el día lloraba, qué triste me sentía.

Por una asociación de ideas que no logro explicarme, relacionaba los días con la luz, el color y mis clases. Pase, porque un día de clase lo enlutaran nubes de tormenta, pero los días de fiesta qué gusto daba el sol.

Las fiestas siempre las representé en el espíritu por el rojo; por eso los domingos—mis mejores días—brillaban rojo fuerte, y me atraían, me atraían... como la primavera a las rosas. Eran maravillosas aquellas mañanas cuando la banda del regimiento llenaba de música la calle. Mi plazuela parecía agitarse como se agita una mozueta, y yo la ví más de una vez esconderse en el rincón más apartado las notas que la emocionaban. Unos señores graves decían que era el eco. ¿Pero qué saben los hombres de estas cosas? Eran los sonos

más queridos que ella guardaba, y se le quedaban allí, en el rincón, vibrando, vibrando, vibrando... A mí me gustaba desfilar con los soldados, más que verlos pasar. ¡Qué envidia me daba el gastador alto! La Iglesia se llenaba del azul y rojo de sus uniformes; el guante blanco, les nevaba sus manos, donde el rojo plumerillo, que remataba el ros, era como una flor que ofrecieran al altar. Los puntos con que el cornetín seguía la misa parecían agudo saetazo de sonidos haciendo dianas en el pecho, y cuando al alzar rompían con la Marcha Real me ahondaba la emoción y todo yo temblaba por lo adentro. Afuera en la plaza, bajo un dosel de sol, bailaban al ritmo de campanas un grave minué serias cigüeñas, por el aire jugaban como niños los «quicas» y vencejos, y un grupo de nubes y palomas eran guirnalda blanca para la torre.

Lejano, muy lejano, tan lejano que ¿quién pensaba en ello?, el milano del tiempo acechaba la paloma de mi vida...

GARCÍA DURAN MUÑOZ

CANGILÓN

A Jesús Delgado Valhondo.

Penélope de finas claridades;
pulso de barro donde el agua gime:
¿Para qué luna en flor y fiesta, díme,
tío-vivo de las locas ansiedades?

Alondra en celo gris de eternidades;
sol y sombra que el vuelo ni redime:
¿Qué plenitud de Agosto se comprime
en tu entraña de oscuras castidades?

¡Qué salto circular en rebeldía,
pez de una mar en sombras ahogada
sin la verbena azul del oleaje!

¡Oh lebrél de imposible montería,
persiguiendo a una estrella encaramada
sobre el lomo infinito del paisaje!

JULIO MARISCAL MONTES



Voces y expresiones viciosas

Tener lugar

EN buen castellano, en el que antes de toda contaminación gálica se hablaba en Zamora, en Palencia, en

Burgos y si personalizamos, en el que escribieron los dos Luises, Cervantes, Quevedo, etc., *tener lugar* equivalía a tener sitio, cabida, puesto o asiento. «Un ser que había tenido lugar en sus entrañas». «Tal suceso ha tenido lugar en más de un libro». «Aquel santo varón ocupaba un lugar preeminente en la comunidad... *et sic de caeteris*».

Pero como nos pirramos por hablar y escribir a lo gabacho, el *avoir lieu* de los franceses ha tomado carta de naturaleza en nuestras conversaciones y en nuestros libros. Y hoy es frecuentísimo, esto es, el pan nuestro de cada día, oír o leer frases tan incorrectas como las siguientes. «Tuvo lugar ayer en el Ayuntamiento la imposición de la medalla del Mérito civil a D. Perengano Fulánez». «Mañana tendrá lugar en el teatro Calderón la fiesta artístico-literaria organizada en obsequio de las Mocedades portuguesas». «Ha tenido lugar hoy en la iglesia de Santa María el enlace matrimonial de la Srta. Juana Pérez con el joven arquitecto D. José Sánchez».

Este *tener lugar*, por celebrarse, verificarse, efectuarse, realizarse, suceder, acontecer, ocurrir, etc... ¡como si no hubiera mil modos de decirlo bien en el oro obrizo de nuestra lengua, que nada tiene que envidiar a ninguna en riqueza, garbo, donosura, sonoridad, bizarría!... es gálico de la cabeza a los pies.

Digamos a pesar de todo, en obsequio de la verdad, —faro brillantísimo que nos atrae siempre, como la luz a las mariposas, como el imán al hierro— que entre nuestros clásicos se han dado algunos casos respecto del uso indebido de tal locución. Hizolo notar don Rafael María Baralt en su *Diccionario de galicismos* (1), y al referirse a este pasaje del libro el Padre Mir en su *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo*, (2) observa con desconfianza y el aguijoncillo asomado: «quienes sean los buenos autores que usaron *tener lugar* por *suced*, *acontecer*, no lo descubre don Rafael, si bien apunta a Clemencín, tan gálicista desaforado como los buenos autores que abusaron de ese galicismo».

Hemos visto más de una vez, en nuestras lecturas de clásicos, tal demasía o impropiedad, pero como lo que íbamos buscando era

(1) Pág. 383.

(2) Tomo segundo, pág. 885.